



## Beatriz Sarlo: Fervores del compromiso

Dora Barrancos\*

### Resumen

El artículo pone en foco las ideas de Beatriz Sarlo, una de las más destacadas intelectuales de la Argentina, acerca de las relaciones de los intelectuales con la sociedad a propósito de la experiencia vivida en este país durante los años sesenta y setenta. El análisis de Sarlo vuelve sobre los atributos principales del ‘compromiso’ en las singulares circunstancias argentinas que llevaron a los intelectuales a subordinarse acríticamente a la política. La necesidad de resolver el distanciamiento con las masas peronistas y de paliar la culpa por la incomprensión del papel que cabía a estas en el ascenso hacia las transformaciones radicales, comprometieron severamente las herramientas intelectuales. Las posiciones de Sarlo convocan a repensar los vínculos entre ideología, cultura y sociedad a propósito de las funciones del intelectual que no puede dar la espalda a los retos de justicia y equidad social.

### Palabras Clave

Intelectuales, cultura, sociedad, política, ideología.

### Abstract

This paper focuses on Beatriz Sarlo ideas, one of our most renowned intellectuals, on the rapports between intellectuals and society in Argentina during the sixties and the seventies. Sarlo analyses the mains features of the uncritical ‘commitment’ that led intellectuals to submit to politics. Their strive to commute with the peronist masses and the same time vindicate the lack of understanding on the part of the latter of their revolutionary responsibilities forced intellectuals to yield to political circumstances. Sarlo invites us to rethink both the links between ideology, culture and society and the political and social role of the intellectuals.

### Key Words

Intellectuals, culture, society, politics, ideology.

\* Dora Barrancos es Profesora Consulta de la Universidad de Buenos Aires, Investigadora Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y Directora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Contacto: dora1508@aol.com



## 14 **Beatriz Sarlo: Fervores del compromiso**

*La excusa de que fuimos los que debíamos ser en cada momento parece más amable  
aunque no sea más exacta ni pueda demostrarse  
que es moral o intelectualmente superior.  
Es simplemente, tranquilizadora.*

**Beatriz Sarlo**

Transcurría la feroz dictadura militar en la Argentina en 1978, cuando un grupo de intelectuales inició la publicación de la revista de ensayo *Punto de Vista* que pasaría a ocupar un lugar relevante en el pensamiento crítico latinoamericano. Pero fue en 1983, con el inicio de la reconstrucción democrática, que *Punto de Vista* pudo expandirse y ocupar un lugar trascendente no sólo en el ámbito cultural local. La figura de Beatriz Sarlo<sup>1</sup> se destacaría en este emprendimiento. Escudada también en algunos seudónimos iniciales, se le debe un corpus textual prolífico en *Punto de Vista* sobre diversos tópicos relacionados con la crítica cultural y el análisis literario, en el que se observan pronunciados débitos a la historia social y cultural, y también al ensayo político. La opinión de Sarlo ha sido gravitante en la línea impuesta en la publicación a lo largo de los veinte años de su existencia, lapso en que nunca ha dejado de dirigirla.

Este trabajo tiene por objeto analizar un ángulo de sus ideas que está lejos de resultar secundario en su portentosa saga como ensayista. Punzaré sus posiciones en torno de la figura del intelectual con el objeto de evidenciar que estamos frente a una oficiante que ha permanecido fiel a la apuesta acerca de la responsabilidad social del intelectual. En efecto, Sarlo no ha inflexionado a la 'expectativa de sentido', conferida a la tarea de aquel por el código de la modernidad. El concepto de 'intelectual' emergió a fines del XVIII para establecer su actual significado durante el siglo XIX, en gran medida consonante con una mentalidad secularizada<sup>2</sup>. Seguramente hay un amplio acuerdo acerca de la identidad del intelectual como 'conciencia crítica' de la sociedad, tal como se propagó en Francia a fines del siglo XIX a propósito del papel jugado por un grupo particular de intelectuales en relación al denominado 'caso Dreyfus'. Es en esta tradición crítica que se sitúa la obra de Sarlo. Sus discursos se deslizan por zonas y objetos que, si reclaman autonomía, también suscitan correspondencia entre sí; pero la autora ha sabido dominar con pericia los deslindes que demanda cada superficie discursiva en las que ha incursionado.

Podría afirmarse que el juicio que Sarlo prodiga a la condición del intelectual se recorta como una escena centralmente ética que va desde la autoimpugnación -sin complacencia-, al señalamiento de ciertos deberes dirigido al conjunto de productores de la cultura letrada, siendo un aspecto central de su análisis las consecuencias sociales, culturales y políticas de las funciones de aquella categoría.



## Intelectuales: los sesentistas y los de ahora:

La autora vivió su juventud, como tantos integrantes de grupos sociales progresistas en la Argentina –de clase media, estudiantes, profesionales y desde luego intelectuales -, atosigada por las referencias exculpadoras del peronismo. El peronismo, que había gobernado desde 1946 con enorme popularidad, fue derrocado en 1955 por un golpe militar que devolvió el poder a los sectores oligárquicos. Las izquierdas, que habían sido tenaces opositoras del peronismo -aún cuando el régimen reclutaba sus adherentes entre los sectores obreros industriales, los asalariados, las clases medias bajas-, frente a su derrocamiento, se volvieron a favor de los sectores populares peronistas, entonces perseguidos. Sarlo adhirió a los conatos pasionales de la juventud que se acercaba al peronismo, aunque se inclinó por el marxismo-leninismo de línea maoísta. Y es que frente a la amenaza que sufrían los derechos sociales conquistados por las mayorías trabajadoras durante los gobiernos de Juan Domingo Perón –en buena parte debidos a la intervención de su esposa, Eva Perón-, unido a la proscripción del peronismo y a la represión de sus seguidores, se asistió a la transformación de los intelectuales de izquierda. No importaba si sus orígenes se encontraban en el marxismo radicalizado o reformista, si provenían del comunismo y sus variantes o del socialismo. Las diversas fuerzas de izquierda convergían en acatar el principio del compromiso social que constituía el canon de la identidad intelectual del período.

Debe pensarse en los efectos de una figura como la del filósofo francés Jean Paul Sartre para citar un sujeto exponencial de los mandatos *engagé*. Lo cierto es que la intelectualidad crítica inició un proceso de revisión del peronismo y que esto constituyó un ‘auto de fe’ sobre las nuevas condiciones del *ethos* transformador de las masas. Las fuerzas de izquierda confiaban en las tareas de aquellas para obtener el cambio radical de la sociedad nacional. Contaba, además, el

**1** Beatriz Sarlo nació en Buenos Aires en 1942. Egresó de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y fue catedrática de Literatura Argentina en la misma Facultad desde 1984 hasta el 2004. Ha producido una obra muy significativa y no hay duda de que es una de las más destacadas intelectuales de América Latina. Es Investigadora Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científica y Técnicas – CONICET- de la Argentina. Ha sido profesora visitante de las siguientes universidades norteamericanas: *University of California at Berkeley, University of Maryland, University of Minnesota y Columbia University*. Ha sido *fellow* del *Wilson Center* de Washington, ocupó la *Simón Bolívar Professor of Latin América* de la Universidad de Cambridge y obtuvo la beca de la *Guggenheim Foundation*.

**2** Antonio Gramsci distinguió las dos formas clásicas de ‘intelectuales’, a saber: ‘intelectuales tradicionales’ por sus funciones relacionadas con las clases aristocráticas y residuales en la sociedad de inicios del siglo XX e ‘intelectuales orgánicos’, identificados con los sectores burgueses, entre los que incluía a los profesionales liberales y a los técnicos al servicio de la economía industrial y capitalista.



## 16 **Beatriz Sarlo: Fervores del compromiso**

deslumbramiento por la Revolución Cubana, y la circunstancia no menor de que uno de sus principales protagonistas, Ernesto “Che” Guevara, fuera argentino.

La operatoria de conversión realizada por ciertos grupos letrados tuvo largos significados. No sólo dividió posiciones en el interior de las estructuras partidarias, produciendo rajaduras irreversibles –especialmente en el socialismo y el comunismo-, sino que dicha operatoria fue en buena medida responsable por el giro que se produjo entre sectores de la clase media y sobre todo entre la juventud universitaria. Fue entonces, durante la década que va entre 1955 y 1965, que la intelectualidad argentina, con menor o mayor convicción, énfasis y certidumbre, adquirió un síndrome de identificación con las masas peronistas. Este síndrome se cifraba en una apuesta a la misión revolucionaria que estas masas tendrían en un futuro que se creía inmediato. El coloreo nacionalista y popular de los discursos, que daba cabida a la agonística ideología del peronismo, fue un acontecimiento del lenguaje político de esos años. La derivación de la izquierda a posiciones que justificaban el apoyo de los sectores trabajadores al peronismo, se revelaba como una clara actitud *engagé*, como el nuevo compromiso de las formaciones intelectuales de la Argentina.

El artículo de Sarlo, aparecido en diciembre de 1985 en la revista *Punto de Vista*, bajo el título *Intelectuales: ¿Escisión o mimesis?* es uno de los más significativos en relación al problema de los intelectuales. La autora analiza las posiciones de los años 1960-70, en que los intelectuales reelaboraron su relación con el peronismo, y las nuevas conductas surgidas a partir de la democracia (1984), y que se profundizaron durante los años 1990. Nuestra autora establece el inicio del camino redentor de los años 1960 -de ‘encuentro con las masas’ (como se decía en el período)-, a propósito de figuras como Oscar Masotta, Juan José Sebrelli, Abelardo Ramos e Ismael Viñas<sup>3</sup>. Estos intelectuales son colocados en la situación de artífices “de las operaciones históricas y políticas que permitían pensar al peronismo de otro modo, no ya como el Otro absoluto, como el espacio del Mal, y por tanto como la total ajenidad que debía ser abolida, y que abrían un capítulo de la historia de los intelectuales argentinos” (Sarlo 1985: 2).

Para la autora se trataba de algo mucho más complejo que una propuesta ‘hacia adelante’ en el cálculo de la construcción de una nueva sociedad. Esos intelectuales deseaban un cambio de foco que revisara las posiciones ‘hacia atrás’, ya que postulaban una revaloración de la saga peronista, pero reclamaban una ‘recapitulación integral’ de toda la Historia del país. Los representantes del campo intelectual deseaban interrogar el pasado con el interés semiológico de iluminar el fenómeno peronista, fenómeno al que creían dotado de una incontestable inscripción ‘historicista’. Esto es, el peronismo representaba el despliegue fenomenológico de un estado in-



manente de las relaciones masas/poder, según el cual siempre había habido luchas y resistencias en el campo popular contra los dueños del poder (especialmente las clases terratenientes).

No fueron pocos los que alentaron la resistencia armada y construyeron compromisos militantes con las organizaciones guerrilleras de izquierda que comenzaron a pulular desde –aproximadamente - 1967, coincidiendo con la muerte del “Che” Guevara en Bolivia. Las circunstancias que sumieron a la Argentina en el horror, diez años más tarde, cuando el terrorismo de Estado hizo desaparecer a miles de personas –entre las cuales se cuentan un buen número de intelectuales -, pusieron un antes y un después a las utopías de la izquierda en la Argentina. Pero en el momento en que se atizaron los fuegos utópicos hacia 1960 las interpretaciones del peronismo se encontraban en el centro de las ignaciones. Silva Sigal (1991) y Oscar Terán (1993) coinciden en señalar la efervescencia, el clima de discusión y también los problemas acarreados a las fuerzas de izquierda por las reorientaciones que se produjeron después de la caída del General Perón en 1955. Los debates alcanzaban a todos los grupos políticos, desde luego, incluidos aquellos que ya se identificaban sin cortapisas con el peronismo. Tal como dice Sarlo:

Leer nuevamente el peronismo fue una consigna de carácter heurístico, ideológico y práctico. Los intelectuales que se lo propusieron partían de la convicción de que ese fenómeno colectivo, que había marcado sus años de formación, constituía el enigma que era preciso resolver para hacer o pensar la política (Sarlo 1985: 2).

He ahí cifrada la empresa intelectual *engagé* que caracterizó los años 1960 y 1970 en la Argentina en los que el ‘peronismo revolucionario’ resultó claramente hegemónico. Sarlo señala a quienes escribían en la revista *Contorno* – publicación en la que era central el ensayo de tinte marxista- como un núcleo estimulante de la conversión al nuevo credo pro-peronista. La revista establecía un punto de acuerdo según el cual se tornaba inescindible el nexo entre el pensamiento teórico y la acción política -aunque se trataba de un punto inestable-. *Contorno* prodigó motivos para subrayar la soberanía de la praxis política, comprometiendo el papel de la teoría y la explicación científica. Explica entonces la autora el punto de acuerdo entre teoría y práctica:

**3** Se trata de conocidos intelectuales procedentes de la izquierda que se distinguieron por sus ensayos en campos disímiles: Oscar Masotta hizo contribuciones a la semiología, Juan José Sebrelli se dedicó al ensayo social, Abelardo Ramos reinterpretó la historia de la Argentina en clave ‘populista y nacionalista’, e Ismael Viñas se destacó en el campo de la ideas políticas y tuvo a su cargo la revista *Contorno* en la que pudieron exhibirse las nuevas posiciones posperonistas.



## 18 **Beatriz Sarlo: Fervores del compromiso**

El punto se caracterizaba por su inestabilidad y ello responde a una lógica de las relaciones entre discurso científico y discurso político que no es, necesariamente perversa. Estas relaciones son, en mi opinión, las que convierten a la historia y las ciencias sociales en discursos *interesantes* más allá de los ámbitos donde se producen y de sus interlocutores institucionales (Sarlo 1985: 2).

Estos interesantes entañamientos intelectuales, sin embargo, evolucionaron en el sentido de mostrar la más rotunda hegemonía de la política. La operación a la que se asistía en verdad devaluaba la tarea crítica teórica, porque la acción pragmática constituía un término soberano. El distanciamiento con los acontecimientos, la objetivación, eran mínimos y el compromiso político absoluto. Así lo indica Sarlo cuando dice que la diferenciación de los discursos (crítico y político), en realidad significó la eliminación de uno de ellos mediante la ‘canibalización’ efectuada por el otro. Operación notable que finalmente, debía repercutir sobre la propia esencia de la política: “El discurso de los intelectuales”, dice Sarlo, “pasó de ser diferente al de la política, aunque se emitiera en función política o para intervenir en su debate, a ser la *duplicación*, muchas veces degradada (porque violaba sus propias leyes) del discurso y la práctica política” (Sarlo 1985: 3) Los intelectuales se habían colocado así en una situación de servilismo, que debió entonces originar, dice Sarlo, “una etapa racionalizadora”.

La autora intenta dilucidar los sentidos de la evolución intelectual en la que ella misma estuvo inmersa, con ánimo de condenar lo que debe ser condenado y de salvar lo que merece ser salvado. Por deplorable que hayan sido los mecanismos de subjetivación de los años sesenta -esa desventura de la conciencia que se reconfortaba con las pasiones-, hay algo esencialmente rescatable, si se ha de tener en cuenta la posibilidad de contar con una tradición en materia de actitudes y conductas intelectuales en clave progresista. Sarlo marcará las cuestiones que no podrían desaparecer de un mapa perenne del ‘compromiso’ y que fueron exponenciales en los discursos ‘sesentistas’, a saber: la idea moderna de cambio, la confianza en el futuro, la inaceptabilidad de la injusticia social y la proximidad con otras producciones culturales. Estas ideaciones señalaban estrategias mentales de los actores en juego que recorrían el espínel en sentidos contrapuestos, pero cuyo resultado final se amalgamaba: voluntarismo versus determinismo, conciencia versus estructura, sujeto versus sociedad. Para Sarlo, estos tres contrapuntos se engarzaban con los lenguajes de las fórmulas emblemáticas de los años 1960: el marxismo, el psicoanálisis, las vanguardias estéticas y la revolución política.

Que la política fuera el principio y el fin de la racionalidad intelectual (es decir que todo discurso fuera casi exclusivamente ideológico-político), llevaba a la elección de un interlocutor hege-



mónico que respondía a esta metonimia: “el pueblo, el proletariado, la nación, el partido según líneas de fractura política y programáticas”. Este interlocutor, continúa Sarlo, “tensionaba el discurso –y debe pensarse aquí en la absoluta hegemonía del discurso político-ideológico- para que ocupara un lugar público y desempeñara una función activa precisamente en ese espacio. Se experimentaba insatisfacción frente a discursos que tuvieran como interlocutor únicamente a colegas y pares” (Sarlo, 1985: 4). La autora expresa con razón, que se asistió –y fue una experiencia compartida por casi toda la generación intelectual argentina de la década de 1960- a una cooptación del intelectual y del artista por parte de la esfera política –del sistema de interés omnisciente político-, de modo tan intenso que llegó al límite del ‘chantaje’. Ambos, el artista y el intelectual, “entraban como elementos subordinados desde el punto de vista objetivo y culpabilizados desde el punto de vista moral” (Sarlo 1985: 4).

En efecto, nada parece más recóndito y, sin embargo, más translúcido que el sentimiento de culpa de la intelectualidad argentina, un atributo cercano a lo patético de los años 1960. Había culpa en ciertos estratos medios por la inscripción de clase y cultura que había impedido la comprensión a tiempo del fenómeno peronista. La culpa también se complementaba con un sentimiento de absolución, dirigido a las masas, por sus posibles errores políticos. Quienes eran intelectuales de izquierda en la década de 1960, pensaban que la tarea revolucionaria que esas masas emprenderían, superarían los antiguos desacuerdos entre los intelectuales y el pueblo transformándolos en una alianza inquebrantable.

En suma, la arrolladora intersubjetividad del período, que se creía productora de una marca sobre temporal de carácter extraordinario y fatalmente lanzada hacia la Revolución, puede ser vista, dice Sarlo, en un cuadro de doble metáfora, “escalada y derrumbe”. Era casi un dato común, creo, que la militancia de los años sesenta mostrara trazos de ese estado que Raymond Williams –de manera por cierto difícil- denominó en su obra *Marxismo y Literatura* (1980) estructura de sentimiento, como ocupante de un lugar que se pensaba históricamente preferencial entre lo viejo que debía morir y lo nuevo que debía nacer. Sarlo, por otra parte, adhirió a las posiciones de Raymond Williams<sup>4</sup> y por extensión, a la tradición marxista inglesa, que se irradió con fuerza en los medios académicos argentinos a partir de la recuperación democrática en 1984.

<sup>4</sup> Sarlo ha sido muy influida por la corriente marxista inglesa, especialmente por Richard Hoggart y por Raymond Williams a quien la autora ha dedicado numerosos trabajos. Además, Sarlo realizó una presentación de ambos ensayistas ingleses –con sendas entrevistas –, en la Revista *Punto de Vista* en el año 1979, lo que constituyó un acto precursor en la Argentina.



## 20 **Beatriz Sarlo: Fervores del compromiso**

Por encima de los errores, de las intolerancias gestadas por el ofuscamiento de las pasiones, de los desvaríos a que daba lugar el hechizamiento con el propio discurso, de las notas necesariamente 'totalitarias' que contenían los lenguajes en boga, sobrevivieron algunos elementos que no deberían colocarse tan sólo en el museo de la memoria intelectual. Sarlo rescata una propedéutica para la actualidad, una suerte de guía de ruta que la tarea intelectual no debería abandonar a riesgo de diluir sus funciones. En efecto, entre las sombras de aquella saga "optimista, utópica, redentorista, mágica" –en palabras de la autora-, que fue brutalmente derrotada por el terrorismo de Estado entre 1976 y 1983, aparecen aspectos rescatables; no todo debe ir al cuarto de los desechos.

Por lo tanto, una cuestión aún gravitante en la vida intelectual argentina, le parece a Sarlo en 1985, es la conducta de salir del ámbito estrecho, corporativo y autorreferencial de la vida intelectual, para ir a "espacios donde pudiera encontrarse con otras dimensiones de la experiencia social". Creo que la autora no se equivoca respecto de esta tendencia que podría llamarse 'relacional', que procura no aislarse y que tipifica bastante la conducta de los sujetos intelectuales en la Argentina. Se refiere a la creación de "redes alternativas para el trabajo intelectual y la circulación de los discursos y los bienes simbólicos". No importa cuál es el estado de conciencia de un intelectual, el tipo de afección con la realidad circundante y lo que suscitan sus posiciones ideológicas, deberá haber un amplio acuerdo acerca de la vinculación de las diferentes culturas, con reconocimientos mutuos. Es decir, reconocimientos de las culturas menos letradas, por parte de los intelectuales, reconocimiento de las manifestaciones de la cultura letrada y erudita, por parte de los sectores populares. Sarlo se ha referido muchas veces a los intercambios entre las diversas formas culturales, como una vía para asegurar la revitalización y también la autonomía de los sujetos que son, por cierto, productores y consumidores a un tiempo.

Otro anclaje es que la crítica intelectual no debería abandonar la circunstancia de permanecer alerta "sobre el carácter político de las prácticas científicas y estéticas". Por mucho que se reconsidere la autonomía de la ciencia y el arte -cuestión en la que han crecido los acuerdos, puesto que casi se ha apagado el vocerío que demandaba la subalternancia a la política-, no hay cómo desconocer que en esas esferas se ejerce poder, se expresan conflictos de poder y están afectadas por la injerencia de las lógicas políticas.

El tercer aspecto que para Sarlo alcanza una estatura elevada, pues de modo insistente volverá sobre él, se refiere al rechazo a la especialización, la repulsa a la función tecnicada monovalente, actitud que en lo esencial resulta un legado de la experiencia sesentista. Afirma Sarlo:



La resistencia a pensarse únicamente como especialista o como artista venía acompañada del impulso a convertir los saberes especializados en un patrimonio de circulación pública y colocarlos en relación a la política. Creo que en ese sentido puede leerse la crítica a la especialización y a la clausura (Sarlo 1985: 4).

Anticipándose al contexto político y social, demoledor en buena medida de 'lo público' en la década del noventa, pero del que ya aparecían muchos síntomas, y frente al debate posmoderno, Sarlo toma una posición intermedia. Si por un lado rechaza, absolutamente, el corte de las amarras con los deberes sociales, por el otro demanda actitudes autónomas, aunque no autocentradas. Así, en lo que podría ser la segunda parte de su artículo de 1985 que me ha ocupado centralmente, la autora se dedica a contraponer los atributos de la nueva intelectualidad emergente en la pos dictadura, al momento que ella escribe. Sarlo no quiere abandonar, decididamente, todo el anclaje pretérito del 'compromiso' intelectual, exponencial en la década 1960, aunque advierte "que lo peor que pueda sucedernos, sin embargo, es quedar petrificados en la contemplación de nuestro pasado, ya sea bajo la forma del momento revolucionario derrotado o de la equivocación monstruosa de la cual nada pueda extraerse" (Sarlo, 1985: 5). Para la autora, no debe ocurrir que el nuevo rumbo de los intelectuales se encuentre en la disyuntiva de "estética del escepticismo o estética de la fragmentación". Sin duda, desea ofrecer otra alternativa que preserve la noción de 'sentido', resistente a los cuestionamientos posmodernos y a las tematizaciones provistas por la descentración del sujeto. Pero Sarlo toma posición contra 'la izquierda recalcitrante', ancorada en la idea conservadora de "que nada ha cambiado lo suficiente en la Argentina ni en el mundo para que las ideas recibidas deban ser sometidas a crítica" (Sarlo 1985: 5).

De todos modos, las izquierdas estaban obligadas a repensar su negligencia en relación a la democracia, pero no debían, absolutamente, adaptarse sin más a sus formalidades. En rigor, la democracia no sólo no había convencido a los agentes políticos de los años sesenta porque no promovía la justicia distributiva, sino que constituía un *topos* a demoler. Pero los viejos odres en que fue expurgada la democracia durante el 'sesentismo', no autorizan a reverenciarla en las décadas que siguieron a la dictadura, sólo en virtud de su forma, arrojando por la borda la demanda de justicia distributiva. Democracia sin justicia social no puede ser la opción preferencial del estatuto intelectual, es la conclusión de Sarlo. Cree que la conciencia intelectual no puede eludir, frente a las consecuencias de las políticas neoliberales de las décadas ochenta y noventa, el constreñimiento ante la situación de los sectores populares que viven grandes dificultades. La perspectiva fantasmal de la 'mala conciencia' –ingrediente esencial de la culpa a la que ya he aludido-, movilizaba los espíritus 'sesentistas' hacia tareas reclamadas por los



## 22 **Beatriz Sarlo: Fervores del compromiso**

grupos subalternos, a menudo- es cierto- inmersos en un 'basismo' consternador. Ese 'basismo' era tal en tanto sólo creía en la 'base social', en la misión de los de abajo, y se confundía con la confianza absoluta en el pueblo, con desprecio de cualquier otro sujeto interventor en la transformación social.

Pero la borradura de la interpelación popular -a la que ciegamente servía el pensamiento intelectual 'sesentista'-, no puede vérselas con la eliminación total de 'otros' interlocutores, siempre fundamentales para definir las funciones intelectuales. Sarlo sostiene que no es posible abandonar la pregunta de Jean Paul Sartre que es, en sí misma, un anagrama crítico: "¿Para quién escribimos?" (Sarlo 1985: 6). Esta aguda cuestión corre riesgos entre los intelectuales de los años 1980, riesgos relacionados con el autismo intelectual que abandone las relaciones con los sectores que están afuera de la cultura letrada. El ojo crítico de Sarlo sale al paso:

Si la pregunta acerca de nuestros interlocutores sociales no es francamente abordada, la fuerza de las instituciones intelectuales, artísticas o académicas impone su legalidad y nos instalamos con tal comodidad en nuestros discursos que es nuestro sentido común de fracción intelectual el que termina respondiendo: escribimos para nuestras colegas. (Sarlo 1985: 6)

Si es así, entonces, el discurso intelectual sólo puede autorreferenciarse hasta el más patético solipsismo, una defeción del sentido comunicacional del conocimiento que se debe a los intelectuales. Frente a las irrupciones del escepticismo, el conformismo y la especialización como nuevos suelos de implantación, Sarlo contra argumentará modos prospectivos para recrear una identidad intelectual que recupere los mejores trazos del pasado 'sesentista', a condición de admitir nuevos repertorios.

Una clave para diseñar la nueva morada intelectual está en las relaciones necesarias entre cultura, ideología y política. Sarlo no ha hecho específicas definiciones sobre estos tópicos centrales en su discurso, pero se podrían arriesgar algunas interpretaciones. En primer lugar, la autora ejercita preocupaciones en orden a una definición menos antropológica de la cultura, de modo que son centrales en sus repertorios las formas elaboradas, las producciones de creadores singulares, 'profesionalizados' como artistas e intelectuales. Desde luego, como ha podido verse, no le escapan los significados de las culturas populares, -ya que aboga por un sistema relacional, que no aisle, y menos aún, enfrente, a las diferentes subculturas-. Francine Masiello, en *El arte de la transición* (2001) asegura que Sarlo ha tenido una inquietud permanente por los nexos con las culturas populares y que sus posiciones conducen a la idea de una 'cultura plural'. Sin em-



bargo, el punto de vista de Sarlo se fija en la condición de los sectores populares como consumidores más que como productores (Sarlo 1989). La noción de cultura, que en general preside sus ensayos sobre la cuestión intelectual, está claramente denotada por el patrón letrado, regida por significados estéticos que, si no son elitistas, son efectivamente restringidos, aunque deben ponerse a disposición de las masas.

Con relación a la dimensión ideológica, Sarlo tiene en cuenta órdenes representacionales, esto es, aspectos que tienen mucho que ver con la subjetividad –tal como puede escudriñarse en sus obras de crítica literaria-. No obstante, en los exámenes sobre la cuestión intelectual que la autora realiza, a menudo el concepto de ideología se traduce de manera más clásica –según procedencias marxistas -, como cristalizaciones de ideas que responden a intereses en juego.

En tercer lugar también el concepto de política sugiere en Sarlo lazos con las clásicas visiones de izquierda –y en general con las posiciones progresistas-, en el sentido de relaciones activas con los cuadros sociales subalternos, movilización en torno de derechos, agenciamiento en pro de demandas colectivas, o por lo menos, estado de disponibilidad a favor de causas no reaccionarias.

No puede sorprender que Sarlo demande una nueva vinculación de los términos cultura, ideología y política: como relaciones gobernadas por una tensión ineliminable que es la clave de la dinámica cultural, en la medida en que la cultura y la política son instancias disimétricas y, por regla general, no homológicas. Se trataría entonces, sostiene Sarlo, de pensar al intelectual como sujeto atravesado por esta tensión y no como subordinado a las legalidades de una u otra instancia, listo para sacrificar en una de ellas lo que defendería en la otra. Como se advierte, es una propuesta que no sólo dice acerca de los atributos del intelectual, sino que contempla una incursión analítica en la reunión de las tres dimensiones apuntadas. Las obsesiones dominantes de nuestra autora radican en la mejor elucidación de este tríptico, tarea en la que se advierte el legado combinado de Antonio Gramsci, de la escuela de Frankfurt, de la ya introducida corriente marxista inglesa. A estos legados deben incorporarse las corrientes culturalistas actuales que discuten la posmodernidad desde afuera o dentro de ella. Sin embargo, Sarlo ha tomado distancia, en lo esencial, de las posiciones posmodernas. Ha sido igualmente gravitante en su formación la figura del sociólogo francés Pierre Bourdieu, de modo que este autor se halla muy presente en sus análisis de crítica literaria. Otra influencia francesa que seguramente la autora reconocería como muy cercana, es la de Michel de Certeau.

En sus reflexiones, Sarlo introduce el dato de la ‘heterogeneidad’ que parece ser un término de asunción reciente entre los intelectuales argentinos –creo que una experiencia traída por las



## 24 **Beatriz Sarlo: Fervores del compromiso**

posiciones pos, aunque Sarlo no revele ese origen-. Se trata de una noción clave para señalar las diferenciaciones entre los repertorios culturales que expresan los también disímiles agentes sociales. La autora hace aparecer la cuestión de la ‘heterogeneidad’ como un nuevo reto:

El reconocimiento de la heterogeneidad sería, por sí mismo, un recaudo teórico para construir nuevas relaciones entre la cultura de los intelectuales y de los sectores populares, en la medida en que, lo mismo que con la política, heterogeneidad no es alteridad radical sino diferencia (Sarlo 1985: 6)

Pero más allá de la preocupación de registrar lo heterogéneo, la autora se preocupa por las funciones abiertas, no cerradas del ejercicio intelectual. Cualquiera que sea la oportunidad del desempeño intelectual, a partir de la participación en las tres dimensiones –ideología, cultura y política-, su acción debe tender a los bordes, pujando por salirse de los límites de su confinamiento (en términos ya obsoletos, se diría salirse de la ‘torre de marfil’).

En los contrapuntos entre el antes y el ahora, Sarlo exhibe su condición de intelectual parada en el justo medio, derrumbando las partes malas de la casa y rescatando sus partes nobles. Sus reflexiones la ubican en esa tradición del pensamiento *engagé* que caracteriza a la intelectualidad progresista de América Latina. Con hesitaciones sobre las aventuras que puede correr el espíritu de izquierda al escindirse críticamente –tal como recomendaba Gramsci-, nuestra autora sostiene la necesidad de crear una nueva tópica, de renovar las cuestiones y los sujetos. Se trata también de hacer lugar al deseo de cambio, asociando –según sus palabras- “percepción de lo real y líneas de transformación”, lo que podría traducirse en desafíos objetivos y disponibilidad subjetiva.

### **Epílogo**

La obra de Sarlo es tributaria del cauce clásico que adquirieron las posiciones críticas y comprometidas de la modernidad. Se funda en un triple interrogante que distingue al intelectual de cualquier otro agente social: por qué, para qué y para quién escribir. Responder con la razón y la pasión que singularizan el acto intelectual constituye un rito trascendente que toma la forma de un acontecimiento y crea una marca. Así, el vínculo con lo social es el signo mayor de su filiación con la filosofía moderna toda vez que sintetiza el intrincado pero inescindible nexo entre “el lenguaje y el mundo”.



El pasado ‘sesentista’ parece un sortilegio, pero si desde la memoria anterógrada que dispone el presente es visto como una advertencia, no todas sus señales son ominosas. Más allá del hechizo que caracterizó la alianza de los intelectuales con las masas populares, de la ciega pasión incendiaria, del plegamiento a un afuera que obnubilaba la crítica y reducía las argumentaciones, Sarlo recoge algunas brasas. La autora pone esas brasas a entibiar la morada fría, negligente o por lo menos neutra, del tipo de intelectual que emergió cuando las utopías se clausuraron, y reclama nuevamente un estado de compromiso. No se exagera si se señala a Beatriz Sarlo como una intelectual que no teme el riesgo en cada incisión de la escritura. Puede realizar su oficio con distanciamiento, y a veces se reviste de un aura elitizado, pero no ha sido negligente con la injusticia social ni con el deterioro de lo público que denotaron los años noventa en la Argentina. Se trata de una gran intelectual, inscripta en la tradición moderna, forjada en las exigencias de la responsabilidad, impelida por los fervores del compromiso.

## Bibliografía

ALLEN, Peter (1986): “The Meanings of “an Intellectual”: Nineteenth – and Twentieth-Century English Usage”. En: *University of Toronto Quarterly*, n° 55, pp. 342-358.

\_\_\_\_\_ (1990). *Concepto de Sociología Literaria*. Buenos Aires: CEAL.

\_\_\_\_\_ (1993): *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Edicial.

\_\_\_\_\_ (1980): “Raymond Williams. Propositiones para una teoría social de la cultura”. En: *Punto de Vista*, número 11. Buenos Aires.

\_\_\_\_\_ (1983): “Raymond Williams. Cultura, Sociología de la Comunicación y del Arte”. En: *Punto de Vista*, número 19. Buenos Aires.

\_\_\_\_\_ (1988): “Raymond Williams: 1922-1983”. En: *Punto de Vista*, número 33. Buenos Aires.

ALTAMIRANO, Carlos y SARLO, Beatriz (1980): *Ensayos argentinos: De Sarmiento a las vanguardias*. Buenos Aires: CEAL.

ARICO, José (1988): *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Puntosur.



## 26 **Beatriz Sarlo: Fervores del compromiso**

\_\_\_\_\_ (1987): "Los gramscianos argentinos". En: *Punto de Vista*, número 29. Buenos Aires.

BARBIER, Frédéric (1995): *L'Empire du livre*. Paris: Le Cerf.

BOURDIEU, Pierre (1977): *La distinction*. Paris: Minuit.

\_\_\_\_\_ (1983): *Campo del poder, campo intelectual y habitus de clase*. Buenos Aires: Folios.

\_\_\_\_\_ (1984): *Homo academicus*. Paris: Minuit.

\_\_\_\_\_ (1992): *Las Règles del Art. Genèse et structure du champ littéraire*. Paris: Seuil.

\_\_\_\_\_ (1980): "Los bienes simbólicos, la producción del valor". En: *Punto de Vista* número 8. Buenos Aires.

BOURDIEU P. et all (1967): *Problemas del estructuralismo*. México: Siglo XXI.

CHARLE, Christophe (1996): *Les intellectuels en Europa au XIXe Siècle. Essai d'histoire comparée*. Paris : Éditions du Seuil.

COLLINI, Stefan (1991): *Public Moralists: Political Thought and Intellectual Life in Britain, 1850-1930*. Oxford: Clarendon Press.

COLLINI, Stefan / WINCH, Donald / BURROW, John (1987): *La política, ciencia noble. Un estudio de la historia intelectual del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

DE CERTEAU, Michel (1999): *La cultura en plural*. Buenos Aires: Nueva Visión.

DE CERTEAU M., et all. (1994): *L'invention du quotidien*. Paris: Gallimard, (2 vol).

GRAMSCI, Antonio (1979): *Os intelectuaes e a organização da cultura*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

HOGGART, Richard (1957): *The Uses of Literacy*. London: Chatto & Windus.



HYCK, T. W. (1982): *The Transformation of Intellectual Life in Victorian England*. London, Croom Helm.

LE RIDER, Jacques (1990): *Modernité viennoise et crises de l'identité*. Paris, PUF. Teich.

MASIELLO, Francien (2001): *El arte de la transición*. Buenos Aires: Ariel.

MIKULAS / PORTER, Roy (1990): *Fin de Siècle and its Legacy*. Cambridge: Cambridge University Press.

\_\_\_\_\_ (1994): *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.

\_\_\_\_\_ (2000): *Siete ensayos sobre Walter Benjamín*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_ (2001): *La batalla de las ideas*. Buenos Aires: Ariel.

\_\_\_\_\_ (2002): *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

\_\_\_\_\_ (2003): *La pasión y la excepción*. Buenos Aires: Siglo XXI.

\_\_\_\_\_ (1985): "Intelectuales: ¿Escisión o mimesis?". En: *Punto de Vista*, número 25. Buenos Aires.

\_\_\_\_\_ (1990): "Raymond Williams: Una relectura". En: *Punto de Vista*, número 45. Buenos Aires.

\_\_\_\_\_ (1989): "Lo popular en la historia de la cultura". En: *Punto de Vista*, número 35. Buenos Aires.

\_\_\_\_\_ (1995): "Olvidar a Benjamin". En: *Punto de Vista*, número 53. Buenos Aires.

\_\_\_\_\_ (1979): "Raymond Williams y Richard Hoggart: Sobre cultura y sociedad". En: *Punto de Vista*, número 6. Buenos Aires.

SCHORSKE, Carl (1983): *Vienne, fin de siècle*. Paris: Seuil.



**28** **Beatriz Sarlo: Fervores del compromiso**

SIGAL, Silvia (1991): *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.

SUASNÁBAR, Claudio (2004): *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1976)*. Buenos Aires: FLACSO/Manantial.

TERÁN, Oscar (1990): "Intelectuales y política en la Argentina. 1956-1966". En: *Punto de Vista*, número 37. Buenos Aires.

\_\_\_\_\_ (1993): *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Editorial El Cielo por Asalto.

VILLACORTA BAÑOS, Francisco (1980): *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1930*. Madrid: Siglo XX.

WILLIAMS, Raymond (1980): *Marxismo y Literatura*. Madrid: Península.